

# La vocación mestiza del Perú

*Por José A. de la Puente Candamo*

Discurso en el acto de Clausura del Congreso.

No es impertinente que en esta noche, al clausurar el Congreso sobre el Mestizaje, pensemos un momento, nó en un hombre mestizo, ni en un testimonio diverso de la existencia mestiza, y sí pensemos, con reflexión y con la mejor naturalidad, en el Perú y en su vocación.

Sin retórica, sin adjetivos innecesarios, con la sencilla manera de quien expresa un pensamiento centenario y familiar, hablemos ahora del signo original de la Nación, que explica su perfil y su derrotero en la vida.

Recordaremos ideas viejas y vigentes en nuestra hora, que es útil refrescar con espontaneidad.

El pasado, lo que ya no está en las manos nuestras, no es ajeno al presente. Aunque sea un tópico, volvamos una vez más al pensamiento clarísimo de Xavier Zubiri: el pasado no muere, el pasado vive en el presente no como un recuerdo distante y en la sombra; muy al contrario, el pasado es una forma de nuestra realidad. El pasado, tema de la Historia, es asimismo una buena forma de considerar lo que nos acompaña en los afanes de todos los días.

La Nación es obra de la Historia en la libertad que Dios le ha concedido al hombre. La Nación, estilo de vida, manera de ser, es una persona moral. Cabe ahora esta pregunta ¿Puede hablarse de vocación nacional?

Igual que la persona humana, la Nación posee su carácter, su idiosincracia, que crea la vocación nacional. Hablar de ella no es tarea común, tampoco palabra vacía de un discurso ocasional, no es exaltación cívica o exagerado fervor nacionalista. Técnicamente, con el mejor rigor científico, con la mejor asepsia, se puede hablar de la vocación nacional. La Nación no es una estructura vacilante y perpleja, posee un preciso contenido espiritual que la ubica en el mundo y le señala un esfuerzo y una tarea concretos que atender.

¿Cómo ha creado la Historia a la Nación Peruana? Esta es una de las preguntas más sobrecogedoras que un peruano culto puede plantear en su propia intimidad. Hay un recuerdo milenario que la arqueología

diariamente enriquece y lo entrega a nuestra inquietud, a nuestro cariño y entusiasmo. Podemos decir sin vanidades cronológicas superfluas, que vivimos en una Nación en la cual el hombre remoto en ella nos aporta un recuerdo, una técnica y una sensibilidad artística milenarios, nos ofrece un contacto también milenario con el paisaje en la lucha sin pausa por vencer a la naturaleza. Y en esa memoria de siglos, en ese trato entrañable con el paisaje, hállase un aporte que no es sólo material, ni exclusivamente un legado de sangre, y si es el testimonio de una manera de vivir que llega hasta nosotros, a través del encuentro con los españoles en el siglo XVI.

Y nos acercamos a los años de la Edad Media europea, cuando el Imperio Incaico gana la unidad de lo que va a ser el territorio del Perú. La civilización y la técnica cuzqueñas unen lo que antes se halla disperso y ofrecen al Perú definitivo, ese factor imborrable de la unidad imperial incaica que principia desde los días de Cajamarca a vivir en común con la unidad que llega de Occidente en el aporte español.

Este es el momento más serio, más solemne, en la vida de nuestra Nación. Es el momento verdaderamente inefable —sin palabras que lo expresen dignamente— en que se inicia la tarea común al hombre español y al hombre incaico y comienza a dibujarse el aliento creador, valor supremo de la colonización española.

Aparte de la leyenda negra antihispánica, aparte también de una leyenda rosada españolista, podemos decir que en la convivencia entre esos dos tipos de hombres, entre tropiezos, errores e injusticias, comienza a formarse una actitud ante la vida fruto del Imperio y de la manera occidental de vivir.

Lo capital del tiempo español en el Perú no se halla en esa leyenda frívola —penosa y pintoresca— deformadora de lo que es en rigor el Virreinato. Lo que interesa de ese tiempo, lo que tiene vigencia irrevocable, es el principio, el alumbramiento de una nueva sociedad, de una comunidad, germen de la Nación peruana. Y eso nuevo, ese nuevo modo de ser hombre —en palabras de Ortega— es un modo mestizo en todos los extremos de la vida: en el arte, en la lengua, en la comida, en la técnica, en las costumbres, en las diversiones, en la expresión externa del culto religioso, en el mundo histórico, y en fin, en la mentalidad del indio puro o del blanco puro —si es que se puede hablar de ello— que se hallan incorporados a un espíritu y a un ambiente mestizos.

Fórmase una sociedad nueva y hay conciencia de su formación y hay un vínculo intelectual y afectivo que une al hombre peruano con su comunidad.

Las pruebas podemos recogerlas desde las afirmaciones criollas del siglo XVII, desde las muestras de incipiente nacionalismo de los alegatos del XVIII, y pueden rastrearse en la expresión viva y pugnaz de los precursores de la Independencia que asisten, vacilantes unos, afirmativos otros, a esa progresiva madurez de la comunidad nacional.

La Independencia que esos hombres ven y en la cual creen no es el regreso al Imperio Incaico, ni un planteamiento antihistórico que olvide el contorno en el cual vive el Perú.

La Independencia es legítima porque existe "un pueblo enteramente nuevo", en palabra de Bartolomé Herrera, y ese pueblo tiene derecho a conducir su existencia con su propia voluntad y realizar de esta manera su peculiar vocación. Esta es la razón intransferible de la Independencia, y de ella podemos recoger la vocación de la Nación peruana, mestiza y occidental, y no conjunto fortuito de hombres reunidos sin comunidad en la memoria y sin comunidad en la esperanza.

En el proceso de nuestro mestizaje se crea algo nuevo, no una simple modificación de una o de otra realidad. Tampoco se produce la llamada aclimatación o transformación de la cultura. Hay algo más profundo que podemos descubrir en el germen del Perú, en la búsqueda de lo original, de lo arcaico, de la casta del Perú. Y esa búsqueda del balbuceo de la nacionalidad nos lleva sin vacilación al estilo incaico y español que nos concede forma y nos actualiza idénticos a nosotros mismos.

Debemos superar el debate sobre el vocabulario en torno del mestizaje. No es hora para discutir si es propio hablar de un Perú mestizo, o si, sólo es propio mencionar al tipo biológico mestizo. Lo que vale es el concepto profundo. Interesa precisar que sí existe un Perú incaico y español, con un quilate, obra de ambas realidades; que el Perú no es una España del otro lado del mar, o una nueva manera del Imperio Incaico. Esto es lo que importa que afirmemos y vivamos redobladamente, con gozo juvenil, los hombres que trabajamos la Historia del Perú.

Cuando decimos que el Perú es mestizo tenemos derecho a exigir que se crea en la limpieza de nuestras palabras. Al hablar del Perú mestizo no hablamos de un Perú en donde los blancos dominen a los indios, ni pensamos en un Perú español y antiincaico. Sería deshonesto ese afán de disimular con palabras legítimas un contenido que por temores no quisiéramos confesar, como también sería ilegítimo exaltar lo mestizo si dentro de ello sólo se quiere subrayar el valor incaico y negar en la exaltación prehispánica los aportes que recibimos de la cultura española y que son integrantes de la vida y de la esencia del Perú, y que ya no son más elementos españoles sino formas nuestras, de nuestro ser complejo y fecundo. Y hay algo más y de gran virtud, en estos tiempos de lucha por el desarrollo nacional y por una plena afirmación de la justicia. Que ambos propósitos se hallen presididos por la esencia histórica del Perú, que en ambas tareas vivamos nuestra vocación, con confianza, con seguridad en nuestros propios planteamientos, sin dudar de nuestra fisonomía histórica, y con la alegría que se desprende de la fidelidad a nosotros mismos.

Y aquí la historia nos lleva a una tarea irrenunciable en la hora presente del Perú. Debemos devolverle al hombre nuestro regocijo frente a su calidad mestiza; enseñarle a superar visiones frívolas que todo lo

reducen a lo exterior y son de verdad racistas y paganas; mostrarle que lo permanente es el espíritu en la actitud humana; infundirle desde el colegio, amor conjunto y unitario a lo incaico y a lo español, como en la sobremesa familiar aprendimos a querer lo nuestro sin segmentos, ni regateos; exhortarle a estudiar la historia nacional con mirada limpia de prejuicios sociales y políticos; renovarle diariamente la vivencia en que el rumbo de la Nación no puede ser otro —por fuerza de la historia y por la propia naturaleza del Perú— que el del intenso arraigo de lo mestizo en el ámbito occidental de la cultura; decirle en fin, que una de las notas más altas de la vida del Perú, está en ser él, nuestro país, obra de la comunidad entre los hombres y de la creencia cristiana en que somos iguales, hijos de Dios, hechos a Su imagen y a Su semejanza.

No hay dos Perús contrapuestos, ni hay vencedores en la creación y en el alma del Perú.

Hay que decirlo sin temores ni eufemismos. Encaramos ahora un grave peligro de mutilación del Perú. Lo mutilan quienes dicen en las aulas, en los periódicos o en los libros, que todas nuestras desgracias vienen de la dominación española, y que sólo el Imperio Incaico es conjunción de virtudes, sin sombra de error; lo mutilan, de la misma manera, los que en actitud ciega piensan que somos una España ultramarina y no reconocen lo que nos une al Imperio Incaico y lo que le debemos a él; lo mutilan, quienes transfieren a la vida histórica peruana sus afanes políticos y buscan en textos venerables, argumentos para conclusiones efímeras o falsas; lo mutilan, quienes reiteran leyendas superadas por la investigación y quienes enseñan o defienden una errónea y negra imagen del Perú, sin luz y sin verdad alguna y la defienden entre la juventud; lo mutilan, en fin, quienes dicen que el mestizaje no es cierto en nuestra gente, transforman la hipótesis en tesis, y olvidan que el indio peruano vive en un mundo mestizo, como el blanco costeño; y lo mutilan, por último, con snobismos foráneos quienes alimentan una figura negativa del ser mestizo.

Con la amplitud generosa de Garcilaso y Unanue, con el afecto de los primeros quechuistas virreinales, con la caridad silenciosa de San Martín, el mulato, con los ojos en nuestros andenes incaicos y en nuestras Iglesias barrocas, con la firmeza unitaria y la variedad cromática de las telas de Paracas, los hombres que amamos la Historia del Perú —lejos y por encima de múltiples discrepancias legítimas— debemos acogernos al llamado de unidad mestiza y debemos trabajar porque cada hora lleve la verdad de nuestro mensaje histórico a todos los peruanos con ese afán de luminosa claridad del inolvidable amanecer serrano.